

verdad debe bajar un poco la puntería, porque la pólvora sube mucho, especialmente en los grandes ingenios.

EUG. — Ahora ya veo la razón por qué los historiadores que adornan mucho su estilo merecen algo menos fe en lo que toca á las circunstancias del hecho.

TEOD. — Por conclusion de esta materia os habia de dar algunas otras reglas, que comunmente se hallan en los que tratan de este arte de la crítica; mas no quiero que su multiplicidad os cause confusion, y en una sola resumiré lo que hallo en diversas: *Para dar crédito á cualquier historia debemos por una parte pesar la cualidad del hecho y su dificultad, y por otra el número y cualidad de los testigos, atendiendo á su prudencia, al tiempo y distancia del lugar en que escribieron, al modo de referir y pasion del ánimo que muestran, y á la conformidad de todas las circunstancias y testigos entre sí; y hácia donde pesare la balanza indiferente, hácia allí debe inclinarse nuestro juicio* (proposicion treinta y nueve).

EUG. — En esa regla incluí todas las cuatro que me habeis dado acerca de los testigos, y las cuatro que me dais tocante á los historiadores. Queda en mi memoria, y me serviré de ella.

TEOD. — En el dia los modernos usan bastante de la crítica; y, haciendo justicia á los historiadores mas antiguos, nos escusan bastante trabajo, mostrándonos claramente ya la prudente diligencia de los mismos en examinar los hechos de la historia, ya la ligereza con que afirman las cosas,

sín mas fundamento que el confuso rumor del vulgo¹.

§ VII.

Del error que nace de la corrupcion ó mala inteligencia de los libros.

SILV. — Con efecto, en estos tiempos bien en su punto está la crítica, y no sé si diga que demasiado refinada.

TEOD. — El exceso en esta materia nunca puede ser muy perjudicial, la falta sí. Pero todavía, amigo Eugenio, tenemos que precaver otro peligro y origen de grandes errores, el cual viene á ser la corrupcion de los libros y su mala inteligencia. ¿Qué importa que un historiador tenga todas las buenas calidades que puedan hacerle digno de fe, si su libro está corrompido, ó yo no entiendo bien lo que él dice?

SILV. — En eso teneis mucha razón, porque es bastante comun leer muchos el mismo testo del historiador ó cualquier otro libro, y quedar con muy diversas opiniones, dándole cada uno diversa inteligencia.

TEOD. — Lo primero, por lo que mira á la corrupcion, puede esta tener muchos principios, de lo cual trata escelentemente el *Arte crítica* de Juan Le-Cler²,

¹ Véase la nota IV al fin del tomo.

² *Arte crítica*, part. III, sec. 1. P. Lamy, de la congregacion del oratorio de Francia, en su *Aparato de la Biblia*, l. II, y en Dupin.

que son aquellos libritos que hoy habeis visto sobre mi mesa, donde leí esta materia para refrescar la memoria. Y hablando de los libros antiguos seria una gran maravilla que hubiese llegado á nuestras manos alguno que no esté corrompido en muchas partes. Como solo por los años de 1447 (si no me engaño) tuvo los primeros principios el arte de imprimir, todos los libros que hasta entonces se habian publicado eran manuscritos; y en ese trabajo se ocupaban principalmente los monges de aquellos tiempos, hombres que no podian ser muy peritos en todas las materias que trasladaban. De aquí nacia que habian de escribir muchos yerros por falta de inteligencia, ademas de aquellos en que hasta los mas instruidos caen por descuido. Los que dan papeles á copiar saben bien por propia esperiencia cuan desfigurados quedan cuando caen en manos de un copiante que no entiende la materia.

EUG. — Yo he padecido infinito con las copias de varios papeles curiosos de que queria hacer una coleccion; porque todas vinieron erradas, y algunas son absolutamente indignas de conservarse.

TEOD. — Añádese que el ser las letras antiguas, los pergaminos viejos, y estar á veces rasgados y carcomidos, como tambien el estar escritos en diferente lengua de la que los copiantes hablaban, todas son circunstancias que indispensablemente harian errar. Por otra parte la priesa en los escribientes, la ignorancia ó la inadvertencia en los que dictan, y su pronunciacion poco clara y distinta, era otra fuente de muchas equivocaciones. Fuera de eso, muchas veces sucedia que los copiantes, vien-

do al margen de los libros algunos apuntamientos ó advertencias que cada uno hacia en los libros de su uso, imaginaban que era olvido y enmienda del que lo habia escrito, y temerariamente los metian en el cuerpo del libro. Otras veces se ponía una palabra en lugar de otra, porque se tenia por sinónima, no siéndolo en realidad, y teniendo diversa fuerza y energía. Otras veces una palabra que estaba en abreviatura si no se entendia bien la trasladaban sin darla su valor; y ya esto hacia á la oracion mudar de sentido. Tambien se encuentran á veces caracteres por antiguos muy diferentes de los que se usan; y el que traslada los confunde y trueca; lo que tambien sucede al que copia inscripciones de sepulcros y pirámides, porque los canteros ignorantes y groseros las grabaron de tal modo, que causan gran confusion á quien las lee, de todo lo cual se originan muchos yerros; de suerte, que si se confrontan muchas copias de un mismo libro antiguo, nunca se hallará que perfectamente concuerde una con otra.

SILV. — Yo soy aficionado á leer todas las inscripciones que encuentro en las sepulturas, pirámides ó fuentes, y á veces ni atrás ni adelante puedo formar concepto de las palabras, estando aun bastante vivas las letras.

TEOD. — En los libros antiquísimos se hallan las palabras sin puntos ni comas, y aun sin separacion de los vocablos, lo cual causaba gran dificultad en la lectura; y esto se halla no solo en los griegos y hebreos antiguos antes del tiempo de los masoretas, sino tambien en los latinos.

SILV. — En estos he hallado muchas inscripciones antiguas bien al contrario, siempre separadas las palabras con puntos, como nosotros hacemos ahora al fin de cada oracion.

TEOD. — Asi lo hacian los antiguos, y siempre usaban de caracteres mayúsculos: despues tomaron los de los longobardos, mas semejantes á los de hoy: y esta mudanza se halla tambien en los libros griegos y en los hebreos, como largamente lo trata el padre Mabillon⁴.

EUG. — No os canseis tanto en hacerme enumeracion de los muchos principios de donde pueden originarse yerros en los libros manuscritos, porque yo, discurriendo por lo que en el dia veo en los papeles que leo manuscritos, infiero la confusion que traerá consigo la antigüedad.

TEOD. — Añadid ahora otra causa de otros mayores errores, que nacieron de la temeridad de los críticos. Muchos que se entremetieron á corregir las erratas que traian los libros, y las oraciones que hallaban sin sentido, pusieron lo que mejor les pareció, y muchas veces seria cosa muy diversa de lo que sus autores quisieron decir, y dijeron con efecto. A veces seria mejor que dejasen la laguna sin llenar ó la errata, aunque fuese un despropósito, que enmendarla mal; porque el que fuese leyendo, si encontrase algun yerro grande ó algun blanco en medio de lo escrito, luego conoceria que alli habia engaño ó falta, y se quedaria sin saber lo que el autor dijo, mas no quedaria engañado. Pero estando

⁴ De Re diplomatica, l. v.

el libro mal enmendado, el que lee, como va de buena fe, piensa que el autor dijo lo que ciertamente no dijo: ¿y quién duda que este engaño es muy perjudicial? Y si hubo pasion ó interés en depravar de industria el testo, como era muy facil que lo hubiese, ¿quién podrá conocer despues el engaño?

EUG. — Pero nosotros al presente estamos libres de esas confusiones, porque todos los libros de que usamos están impresos.

TEOD. — Asi es; mas si hablamos de los libros compuestos antes de introducirse este arte de imprimir, que son innumerables, todos fueron impresos sobre la fe de los que les sirvieron de originales, y todos los yerros que esta copia tuviese se transfundieron en la impresion. Este es el trabajo que hoy tienen los buenos críticos, cotejando las impresiones con los manuscritos mas antiguos que se conservan en las mejores librerías para corregir de este modo innumerables errores. Los padres de la congregacion de san Mauro han trabajado mucho en esta materia, y han hecho un gran servicio á la Iglesia, reformando las impresiones de muchos santos padres. Por estas razones, Silvio, ningun hombre prudente en el dia se atreve á afirmar de cierto el verdadero sentir de Aristóteles; porque sus obras tuvieron tales contratiempos desde que él las escribió hasta que se tradujeron é imprimieron, que si el mismo Aristóteles hoy resucitase y leyese sus libros no se entenderia con ellos.

SILV. — Que es harto lamentable desgracia.

TEOD. — Bien me parece esa reflexion; pero yendo á nuestro asunto, en los libros mas modernos

menos errores hay, porque los impresores se sirvieron de los originales del propio autor que son mas correctos. Pero ¿qué erratas no traen aun las mejores impresiones? Esto supuesto, Eugenio, tomad este dictamen general: *no debemos creer luego confiadamente que todo lo que vemos impreso con el nombre de un autor fue dicho por él; conviene certificarnos de que en eso hubo un prudente examen* (proposicion cuarenta). Para que veais cuanto importa observar bien esta máxima, quiero, ademas de lo que está dicho, alegaros algunos ejemplos que os han de hacer mas prudente y cauto. Primeramente, en lo que toca á los autores gentiles, como por ser algunos de ellos de gran fama, eran sus libros buscados y pagados á buen precio, falsamente se publicaban en su nombre muchas obras de otros ingenios, y así corrieron muchos siglos. En los escritores eclesiásticos sucedió haber andado mucho tiempo mezclados entre los libros verdaderos muchos apócrifos. San Gerónimo á cada paso está haciendo mencion de ellos, algunos publicados en nombre de san Pedro, otros en nombre de san Clemente su discípulo, ó de san Barnabé y de otros. No faltó quien se atreviese á publicar un evangelio en nombre de santo Tomás, y algunas cartas con el título de san Pablo. Al mismo san Gerónimo hicieron tambien esta injuria atribuyéndole escritos estraños; y tambien la hicieron á san Gregorio, á san Atanasio, á Orígenes y á otros muchos.

EUG. — Bien aviados estamos: pues ¿quién se ha de fiar de los libros, si hasta debajo de nombres tan sagrados se miente tan sacrilegamente?

TEOD. — Yo os daré las reglas por las cuales los mejores críticos han llegado á descubrir esas falsedades.

SILV. — Esas quiero yo oír con atencion, porque son de mucha importancia.

TEOD. — La primera es esta: *si confrontando cualquier libro con los ejemplares antiguos los hallamos discordes, debemos seguir estos* (proposicion cuarenta y una). La razon es, porque mas fe se debe á aquel ejemplar que es mas cercano al tiempo del escritor, pues solo en la suposicion de que aquella obra es hecha por él, le damos tanta fe como á sus palabras; y bien se ve que cuanto mas antiguo es algun ejemplar y mas llegado al tiempo del escritor, mas facil es que se conserve pura su doctrina y mas exenta de corrupcion. Esto se entiende no habiendo razon especial para despreciar el tal ejemplar por alguna circunstancia, como puede suceder.

SILV. — Eso es bastante conforme á razon.

TEOD. — Segunda regla: *si lo que dicen los antiguos de cualquier obra concuerda con lo que vemos en ella, debemos tenerla por genuina y sana: si no concuerda, debe reputarse por sospechosa, ó en todo ó en parte* (proposicion cuarenta y dos).

SILV. — Esa regla tiene la misma razon que la pasada, y se saca de ella, porque es de creer que mas conocimiento tuviesen de las obras los antiguos que fueron mas cercanos al tiempo del escritor, que nosotros que vivimos tan distantes de sus tiempos.

TEOD. — Tercera regla: *la obra de que ninguna mencion hallamos en el siglo de su autor, ni en los inmediatos, debe tenerse por sospechosa si no hubie-*

re alguna razon fuerte en contrario (proposicion cuarenta y tres). La razon es porque no es verisimil que esa obra (siendo de tal autor) quedase tan escondida que ninguno en aquel siglo ó en los inmediatos tuviese noticia de ella, y tampoco es muy creible que teniendo noticia de ella no hablasen por algun incidente de dicha obra. Sin embargo, como este argumento es de los que llaman *negativos*, no tiene tanta fuerza que no pueda haber falencia en él; y con efecto, todos dan por genuinas las obras de Fedro y Quinto Curcio, no obstante ser autores de quienes no encontramos la menor noticia en los siglos próximos al tiempo en que escribieron; pero se halla en ellos tal pureza de latinidad y tal elegancia; que ningun prudente duda de que ellos escribieron en aquella edad; y ni Fedro (como acertadamente juzga Vernei con otros críticos) podia ser posterior á Tiberio, ni Quinto Curcio á Vespasiano. Por eso en esta regla hemos puesto aquella escepcion que queda dicha.

SILV. — Y con razon.

TEOD. — Vaya la cuarta regla: *aquellos libros ó lugares de ellos, de que los antiguos dudaron, ó que negaron, solo en fuerza de gravisimas razones se pueden admitir* (proposicion cuarenta y cuatro). La razon es bien clara; porque, regularmente hablando, mejor noticia habian de tener los antiguos que nosotros de aquellos libros que ya en su tiempo estaban escritos. Con todo eso puede suceder que en los tiempos sucesivos se descubriese algun otro autor hasta entonces ignorado, como por ejemplo Fedro ó Quinto Curcio, y de su testimonio ó de alguna ins-

cripcion nuevamente desenterrada, como á cada paso está sucediendo, se dedujese bastante fundamento para dar por legítimo ese lugar ó libro de que los antiguos dudaron.

SILV. — Pero no habiendo esa razon debemos prudentemente arrimarnos á los antiguos.

TEOD. — La quinta regla que dan es esta: *si en el libro se hallan sentencias opuestas entre sí, debe sospecharse que está corrompido, escepto si fuere cosa de muy poca importancia, ó si el autor hablare solo como quien se refiere á la opinion de otros, ó mostrare que se retracta* (proposicion cuarenta y cinco). La razon es, porque no es creible que un hombre de juicio diga cosas encontradas, á no ser que el asunto sea tan leve y de tan poco momento, que se suponga que el autor se olvidó ó no reparó en lo que tenia dicho. Tambien puede suceder que acordándose bien de lo que habia dicho, y considerando mejor el punto mudase de parecer. San Agustín hizo esto muchas veces, y la practican todos los que aman la sinceridad. Otros nunca hablan segun su propio dictamen, sino solamente segun la opinion comun, y á veces solo por modo de disputa, y no como quien declara su sentir. Asi lo hacen muchas veces Ciceron y Quintiliano.

SILV. Tambien en Hipócrates se halla alguna contrariedad, y dicen sus comentadores que es por ese motivo que decís.

TEOD. La sexta regla es esta: *el libro en que se hace mencion de sucesos de personas ó de controversias posteriores al escritor, como tambien si usa de palabras y estilo que en su tiempo no habia, bien se*

ve que es apócrifo en el todo ó en parte (proposicion cuarenta y seis). Porque el autor no habia de hablar de lo que en su tiempo no habia, ni como en su tiempo todavía no se hablaba. Esta regla es de mucha utilidad, y por ella se conoce ser apócrifos ó estar corrompidos muchos libros. Por esta razon niegan los mejores críticos que sea de san Atanasio el símbolo que se le atribuye; pues vemos que en él se hace mencion de muchas heregías que nacieron mucho despues, como son las de Nestorio y Eutiques, posteriores al santo; pero esto es de profesion agena.

SILV. — Eso dejémoslo á los teólogos.

TEOD. — Ellos son los que mas necesidad tienen de estas reglas, porque en las materias eclesiásticas es mucho mas perjudicial la ficcion y mezcla de sentencias y obras falsas y espurias con los legítimos partos de los autores ilustrados por el Espíritu Santo. En otras materias no es tan nociva. La séptima regla es esta: *si el libro está lleno de disparates, mentiras y cosas indignas, no puede ser de hombre docto y serio, aunque traiga su nombre, á lo menos está muy viciado y corrompido* (proposicion cuarenta y siete). En fuerza de esta regla, cuya razon es notoria, está decidido que muchos libros no son de aquellos escritores con cuyo nombre se honraban. Con título de san Agustín andaban (entre muchas obras que él nunca hizo ni pudo hacer) unos sermones á los monges del yermo, y hoy se niega que sean del santo, porque en ellos se decian cosas indignas y mentirosas, como por ejemplo, que siendo obispo de Hipona habian ido á

Etiopia, y visto allí por sus ojos, centauros y hombres con un ojo solo, y otras patrañas de que todos en el dia se rien. En otros tambien usa el autor, sea quien fuere, de un juego de palabras tan ridiculo, que se conoce claramente que no podia ser de un prelado serio, santo y docto como san Agustín lo era.

SILV. — ¡Que ni aun los santos de ese caracter esten libres de falsos testimonios! ¡Cosa lamentable!

TEOD. — La regla octava es: *si el estilo es totalmente diverso del de aquel siglo ó del que el escritor usa en otras obras ciertamente suyas, debe tenerse la obra por sospechosa; como tambien si el estilo es totalmente semejante al de otro autor deberá la obra atribuirse á este, á no ser que haya razon fuerte en contrario* (proposicion cuarenta y ocho). La razon es, porque cada escritor tiene su peculiar estilo, que es como el caracter de su ánimo; y así como por las facciones del rostro conocemos las personas, del mismo modo son conocidos los escritores por el caracter del estilo. Pero advierto que debe haber cautela en el uso de esta regla; porque así como con la edad mudamos mucho en las facciones de la cara, así mudamos en el modo de decir, especialmente si las obras se componen en diversos tiempos. Y aunque de ordinario el espíritu dominante del estilo siempre se da á conocer en cada autor, con todo eso es cierto que con la edad, estudio y gusto se muda á veces de tal forma el estilo, que nosotros mismos estrañamos las obras que hicimos en la edad mas fogosa y menos madura. Tambien á veces sucede que uno imita tanto el estilo de otro

que se confunde con él, de lo cual tenemos ejemplo y comparacion: ejemplo es un discípulo de san Bernardo, llamado Nicolas, que totalmente le bebió el estilo: comparacion porque tambien se encuentran hermanos mellizos y tan parecidos, que todos los estraños los truecan y confunden. Esta advertencia es de un hombre de grande autoridad en la república de las letras, cual es la de Mabillon¹.

SILV. — Convengo en eso; pero así como es caso rarísimo hallar en los semblantes esa casi total semejanza, así tambien es muy difícil encontrarla en los estilos.

TEOD. — Resumiendo ahora, Eugenio, lo que llevo dicho acerca de los libros genuinos, os daré dos señales ciertas para conocerlos: cualquiera de por sí es bastante para conocer que el libro es genuino; pero hallándose ambas juntas hacen un argumento muy fuerte. La primera señal, ó (como la llaman) *nota* de los libros genuinos, es esta: *si hubiere manuscritos áignos de estimacion, ó próximos á la edad del escritor, que traigan su nombre: si el estilo, máximas y opiniones son las mismas que el autor muestra en otras obras suyas: si los escritores próximos á aquella edad atribuyen esa obra al mismo autor, y no se encuentra en ella nada que sea contrario á la historia de aquella edad ó indigna del autor; seguramente y sin el menor recelo se le puede atribuir el libro* (proposicion cuarenta y nueve). Esta regla es del gran Mabillon², y ya está bastante

¹ De Studiis monasticis, p. 2, cap. XIII.

² Ibid.

explicada en lo que queda dicho de las señales de los libros apócrifos y viciados. La segunda señal ó nota es esta: *si hay una tradicion perpetua desde los tiempos próximos al escritor que concuerda con el libro, debe tenersele por genuino* (proposicion cincuenta). Esta regla es de san Agustin que la establece fuertemente, arguyendo contra Fausto, acérrimo herege maniqueo. Tomad de memoria la fuerza y forma de su argumento, porque hallo en él especial energía y viveza como cosa de este gran doctor, y con poca diferencia dice así¹: « Yo no sé
« qué hacer con vosotros, viendo que la maldad os
« tiene tan sordos contra los testimonios de las di-
« vinas Escrituras, que cuanto de ellas se saca con-
« tra vosotros teneis atrevimiento para afirmar que
« no lo dijo el apostol, sino que lo escribió bajo el
« nombre de este no sé qué falsario. Tan á las cla-
« ras es agena de la doctrina de Cristo esa diabóli-
« ca doctrina que enseñais, que por ninguna parte
« podeis defenderla como cristiana sin decir que son
« falsas las escrituras de los apóstoles. ¡ Ah misera-
« bles enemigos de vuestra alma! ¿ Qué escritos
« tendrán jamás algun peso de autoridad, si los de
« los evangelistas y de los apóstoles carecen de ella?
« ¿ Cual será el libro de cuyo autor estemos segu-
« ros, si es incierto si son de los apóstoles las Escri-
« turas que la Iglesia propagada por ellos, y decla-
« rada con tanta sublimidad por todas las naciones,
« afirma ser de los mismos apóstoles, y tiene como
« suyas? ¿ Y quereis que sea cierto que los apóstoles

¹ Lib. XXXIII, contra Faust, cap. VI.

« escribieron lo que legan unos hereges enemigos
 « de esta Iglesia, escrito y atribuido á aquellos por
 « autores que existieron mucho tiempo despues?
 « ¡Cuántos ejemplos tenemos en las letras profanas
 « de autores verdaderos, bajo cuyos nombres se
 « divulgaron en los tiempos sucesivos obras age-
 « nas, las cuales habiéndose conocido la suposicion,
 « ya porque no correspondian á las que incontestable-
 « mente eran de aquellos, ya porque no pare-
 « cieron en el tiempo en que escribieron los auto-
 « res á quienes se atribuian, ni merecieron que ellos
 « ó sus íntimos amigos las trasmitiesen y encomen-
 « dasen á la posteridad, fueron repudiadas y dadas
 « por espurias! Ahí tenemos á Hipócrates (por omi-
 « tir á otros) médico celeberrimo, con cuyo nombre
 « salieron algunos libros que los médicos jamas ad-
 « mitieron, sin que les aprovechase tal cual seme-
 « janza en palabras y sentencias con los que indu-
 « bitablemente eran de Hipócrates; porque coteja-
 « dos con ellos se hallaron muy inferiores, y porque
 « no corrieron por suyos desde el tiempo en que se
 « publicaron los demás escritos de aquel autor. Y
 « esos libros, por comparacion con los cuales son
 « descartados los otros como suposiciones, ¿por
 « donde consta que son de Hipócrates, sino porque
 « desde el mismo tiempo de Hipócrates hasta el
 « presente (y lo mismo será en lo venidero) los ha-
 « ido recomendando por tales una constante tradi-
 « cion; de manera que al que lo negase nadie se
 « dignaria ni siquiera de refutarle, y aun el dudar
 « de ello seria calificado de locura ó fatuidad? Los
 « libros de Platon, Aristóteles, Ciceron, Varron, y

« otros autores de esta clase, ¿por donde saben los
 « hombres que son de ellos, sino por la misma su-
 « cesiva y continua contestacion de los tiempos? En
 « las letras eclesiásticas sucede lo mismo. Muchos
 « escribieron diversas obras, no á la verdad con au-
 « toridad canónica, sino con el fin de aprovechar á
 « otros, ó de aprender ellos. ¿Por donde se sabe,
 « pues, de qué autor es cada obra, sino porque en
 « el tiempo en que cada uno escribió comunicó sus
 « escritos á los que pudo, por cuyo medio los di-
 « vulgó, y de allí propagándose la noticia de unos
 « en otros, y estendiéndose y confirmándose mas y
 « mas cada dia llegó hasta nuestros tiempos; de
 « forma que si nos preguntan de qué autor es tal
 « libro, no titubeamos ni nos detenemos un punto
 « en dar la respuesta? Pero ¿qué necesidad hay de
 « alegar cosas antiguas? Estos mismos escritos que
 « tenemos entre las manos, si algun tiempo des-
 « pues de nuestros dias negare alguno que aquellos
 « son de Fausto, y estos míos, ¿por donde se le po-
 « drá convencer, sino porque los que ahora tienen
 « noticia de ellos la trasladarán aun á los que ven-
 « drán de aqui á mucho tiempo por una continua-
 « da sucesion de unos á otros? Y siendo esto así,
 « ¿quién, á no ser que esté pervertido por la su-
 « gestion y malicia de los demonios engañadores,
 « será tan furiosamente ciego que diga que la Igle-
 « sia de los apóstoles, una tan fiel y numerosa con-
 « gregacion de hermanos, no pudo conseguir el
 « trasladar fielmente á la posteridad los escritos de
 « aquellos, habiéndose conservado sus sillas por
 « una certísima y no interrumpida sucesion hasta

« los obispos que hay en el día, siendo esta una
« cosa que con tanta facilidad se verifica en los es-
« critos de cualesquier hombre ya fuera de la Igle-
« sia, ya dentro de ella misma? » Hasta aquí es el
argumento de san Agustin, el cual en el original
tiene mucha mas energía que en esta traduccion.

SILV. — En la traduccion siempre se pierde algo
de la fuerza y energía del original.

TEOD. — Pero volviendo á nuestro asunto, bien
veis que el santo da por prueba innegable de la ver-
dad de los escritos evangélicos y apostólicos la tra-
dicion continuada y sucesiva desde aquellos prime-
ros tiempos hasta los nuestros.

SILV. — Sólo tengo contra eso una cosa que me
causa alguna duda, y viene á ser, que esos mismos
escritos que los modernos críticos dan hoy por apó-
crifos parece que gozaban de esa posesion fundada
en la misma tradicion continuada; y no obstante
vemos ahora que no eran legítimos escritos de los
autores á quienes antecedentemente los atribuia la
continuada tradicion.

TEOD. — Estais engañado, amigo. Esos escritos
apócrifos se conoce que lo son, porque la voz co-
mun que los atribuia á este ó al otro escritor no
venia de aquellos primeros tiempos próximos á sus
autores, que si viniese desde entonces no los darian
los críticos por apócrifos y falsos. Lo que estos hi-
cieron fue ir cavando hasta dar con la raiz de la
tradicion; y hallándola falsa y viciada dieron toda
la tradicion por nula. Ved aquí para qué es el in-
menso trabajo de ir á desenterrar ediciones antiquí-
simas, pergaminos viejos, letras góticas y muy an-

tiguas: cotejar ejemplares de los mas antiguos ar-
chivos de la Iglesia, para examinar, no la rama, si-
no las raices mas profundas de la tradicion. El gran
Pedro Daniel Huet, en su *Demostracion evangélica*,
sienta varios axiomas, y en el primero añade á es-
ta autoridad de S. Agustin una paridad que hace
bastante fuerza: *Si esto no basta (dice) para dar
por legítimos los escritos sagrados, quisiera yo que
los que esto niegan me dijeran con que prueban que
les pertenecen los bienes hereditarios de sus casas;*
por cierto que ni los títulos conservan en sus casas,
ni las escrituras públicas de los archivos deben ha-
cer mas fe que la historia, antes menos, porque los
que guardan estos títulos y escrituras son unos po-
cos hombres, y á veces personas de poca conside-
racion: los guardas que conservan los títulos y es-
crituras de la historia es el mundo entero.

EUG. — Teneis razon: ese argumento es fortísi-
mo.

TEOD. — Ahora bien, supuesto lo dicho, ya te-
neis bastante luz para preservaros en algun modo
de innumerables errores en que la mayor parte de
los hombres ha caido, originados de la corrupcion
de los libros. Todavía falta cerrar otra puerta gran-
de por donde tambien suele entrar en nuestro en-
tendimiento un sin número de errores. Vamos á
cerrarla si la conferencia no os molesta por ser
larga.

SILV. — Aun yo me siento con deseo de tratar de
esa materia, porque la hallo importantísima, cuan-
to mas Eugenio para quien nunca las conferencias
son largas.

EUG. — Por cierto que habeis dicho la verdad pura.

§ VIII.

De los errores que nacen de la mala inteligencia de los libros.

TEOD. — Pues siendo así, voy continuando. ¿Qué importa, Eugenio mio, que los libros esten correctos, y que sean verdaderamente de los escritores á quienes se atribuyen, si nosotros no los entendemos bien, ni penetramos todo su sentido? Ved aquí, pues, la puerta grande que yo decia de muchos errores, y para eso da la crítica sus leyes, y hay un arte especial que llaman *Hermenéutica*.

SILV. — A veces sobre lugares al parecer bastante claros hay infinitas dudas, y de unas mismas palabras saca cada uno sentidos muy diversos.

TEOD. — Varias reglas dan los críticos, que yo apuntaré de paso, porque Eugenio por ahora se contenta con una noticia mas ligera y breve. Al presente os daré luz que os alumbré, pero que no os ciegue ni deslumbré, porque siendo la primera luz en esta materia no debe ser fuerte. Cuando os fuere preciso podreis estudiar mas á fondo cualquiera de estas materias que aquí se tocan de paso.

EUG. — Enseñadme como lo juzgáreis mas á propósito.

TEOD. — La primera regla es : *El que quiera entender bien á cualquier escritor debe leerle en la lengua en que él escribió, y entenderla bien* (proposicion cincuenta y una).

SILV. — ¿Pues no basta leer las traducciones siendo buenas?

TEOD. — ¿Y qué tan facil es hallar una traduccion buena y perfecta? En este particular no digo todo lo que siento por no escandalizaros los oidos : si vosotros os pusiereis á traducir algun libro, conoceréis prácticamente la suma dificultad que tiene una traduccion perfecta. No siempre hay palabras que perfectamente correspondan á otras palabras ; ademas de eso los idiotismos y modos de hablar de cada lengua son diversísimos ; las frases, la energía, los adagios, los énfasis son incapaces de traducirse perfectamente. Ved aquí de donde dimana gran parte de la dificultad que hay en entender la sagrada Escritura cuando no sabemos el griego y el hebreo ; y por eso en las buenas traducciones que tenemos encontramos lugares que nos son oscurísimos, á los cuales no sabemos dar sentido que nos satisfaga. Lo mismo sucede en todas las demas obras. Huid, pues, de traducciones quanto pudiereis, porque es dificultosísimo hallar fielmente el mismo pensamiento del autor trasladado con la misma gracia con que él lo espresó. Yo he visto traducciones indignas, las cuales á un mismo tiempo hacen grave injuria á los autores ; y son el descrédito de los traductores. En los libros de matemáticas, filosofía y otras ciencias no es tan difícil la traduccion ; pero en las obras de oratoria y poesía,